ALEJO GARCIA, EL BUSCADOR DE METALES

Por JOSÉ TORRE REVELLO

Especial para LA PRENSA

N los primeros meses del año 1516 moría alevosamente a manos de los indios charrúas, en la costa frente a la isla de Martín García, el marino Juan Díaz de Solís, descubridor "oficial" para España del río que bautizó con el nombre de Santa María. Después de este sangriento suceso, en el que murieron también cuantas personas le han acompañado a tierra, con la única excepción del grumete Francisco del Puerto, que salvó la vida por su corta edad, los espectadores de tan doloroso acontecimiento pusieron las proas de las tres carabelas que integraban la armadilla descubridora con rumbo hacia las costas españolas, asumiendo el mando de las mismas un cuñado de Solis, de nombre

Francisco de Torres. Las pequeñas carabelas seguían cautelosamente su rumbo a lo largo de la costa atlántica con dirección hacia el Norte, hasta arribar muy cerca de la isla de Santa Catalina, donde naufragó una de las embarcaciones, salvándose, entre otros tripulantes que integraban la dotación, el fabuloso Alejo García, cuya legendaria existencia, a partir de entonces, motiva estas líneas. Otros de los salvados fueron Melchor Ramírez y Enrique Montes, quienes con sus sugestionantes referencias sobre la sierra donde brotaba el metal blanco harían realizar importantes descubrimientos geográficos a Sebastián Caboto, los que servirían de base después para otras empresas. Además de los náufragos citados, salvaron su existencia en este suceso otros siete u ocho tripulantes cuyos nombres hasta el presente son totalmente desconocidos.

El cronista Ruy Díaz de Guzmán ha confundido en forma lamentable la expedición que capitaneó en 1531 un Francisco de Chaves, compuesta por 80 hombres pertenecientes a la dotación de la armada del portugués Martín Affonso de Sousa, con la que siete años antes había organizado el náufrago de la expedición de Solís, de nombre Alejo García. Este aventurero, que ha salvado su nombre del olvido merced a su impe- ron a los compañeros allí destacados, tuoso arrojo en lanzarse a través de llamados Enrique Montes y Melchor Raselvas enmarañadas, llenas de sugestio- mírez, los valiosos metales que como nes y peligros, fué en cierto modo el muestra de su conquista aquél les remiiniciador de la ruta — que habría de en- tía, y que Montes y Ramírez tuvieron loquecer a sus seguidores - que lleva- la desdicha de perder en su mayor par-

de el puerto de los Patos, en las cerca- Gabriel", de la que era capitán Rodrinías de la isla de Santa Catalina, acom- go de Acuña, que pertenecía a la arpañado de seis compañeros náufragos, mada del comendador Loayza, que haen busca de aquella sierra cuya suges- bía arribado a aquellas costas después tiva leyenda a través de innumerables de su fracaso al intentar cruzar el esnarraciones de los naturales llegaba has- trecho de Magallanes. Los metales se ta las costas del Atlántico. Acompaña- querían entregar a Acuña, con el proba al grupo de heroicos y viriles aven- pósito de que éste los presentara al motureros que acaudillaba Alejo García una narca de España en nombre de aquellos numerosa mesnada de findigenas, que a la par de servirles de lenguaraces en la de infieles. ruta, se prestaron para orientarles co-

mo guías a través del continente. En su viaje de ida, los buscadores de metales, después de cruzar por el ac- lina, al variar decididamente su primitual Estado de Santa Catalina, en el tivo rumbo hacia las Molucas se le hi-Brasil, debieron seguir las vertientes del cieron presentes en esa circunstancia Iguazú para seguir por este río en bus- los náufragos de Solís, Melchor Ramíca del Paraná, internándose después en rez y Enrique Montes, acompañados de la actual república del Paraguay, hasta catorce hombres más que habían deserllegar a las inmediaciones del cerro de tado de la dotación de la nao "San Ga-Porco. La marcha hasta este lugar fué briel", de la que era capitán, como herealizada al parecer sin graves dificul- mos dicho, Rodrigo de Acuña. tades, salvando los expedicionarios todos los obstáculos que les interponían las selvas vírgenes, donde las lianas, descendiendo desde lo alto de corpulentos árboles, hacían imperceptible al cielo dentro de aquella bóveda llena de

misteriosos murmullos. Refiere el cronista arriba citado que llegado el valeroso Alejo García a orillas del torrentoso Paraná, engrosó las filas de sus auxiliares con los codiciosos indios guaraníes, que habitaban en sus inmediaciones, quienes convocaron a todos los moradores de la comarca para

ir en su seguimiento hacia las tierras del poniente, a descubrir y conquistar la fa-mosa sierra del metal blanco, haciendo la entrada para internarse en el Chaco por el lugar conocido, en la época en que el cronista paraguayo escribía su obra, con el nombre de San Fernando.

Los indios auxiliares que acompañaban a Alejo García al iniciar su marcha a través del Chaco se calcula que rebasaban el número de 2.000. Un ejército tan numeroso, capitaneado por hombres de tez blanca, no sólo debía llamar la atención de los naturales por cuya tierra cruzaba, sino que además los alarmaría por el gesto bizarro de sus componentes, que sugestionados por el imán atrayente de los metales daban a sus rostros expresiones de seres enloquecidos y afiebrados.

Rebasando la selva chaqueña, penetró la caravana de buscadores de metales en tierras jurisdiccionales de los incas, "robando y matando cuanto encontraron", hasta llegar a la región donde habitaban los indios Charcas, quienes en número considerable y bien armados, atacaron decididos a los exploradores, obligando a Alejo García y sus acompañantes a iniciar su retorno hacia el punto de partida. Como botín y trofeo de esta entrada, llevaban los indios auxiliares infinidad de objetos labrados de plata, cobre y otros metales, además de valiosas mantas y otros tejidos y vestimentas.

El retorno de los exploradores acaudillados por Alejo García fué en cierto modo desastroso, por las necesidades que hubieron de sufrir y los enconados ataques que les llevaron los naturales por cuyas tierras cruzaban. Atravesado el Chaco y alcanzadas las riberas del río Paraguay, lleno de satisfacción Alejo García por el éxito económico de su empresa, resolvió enviar noticias del hecho a sus compañeros destacados en las costas del Atlántico, para lo cual envió a dos de sus acompañantes, a quienes seguían doce indios esclavos, llevando valiosas muestras de los metales conquistados.

Los emisarios de Alejo García arribaron al puerto de los Patos, lugar de partida de los aventureros, y entregaba hacia la imantada Sierra de la Plata. te cuando, embarcados en un batel, és-Partió Alejo García hacia 1524 des- te se hundió al dirigirse a la nao "San leales vakallos y naufragos en tierras

> Cuando meses más tarde, a fines de 1526, arribaba con su armada Sebastián Caboto a la isla de Santa Cata-

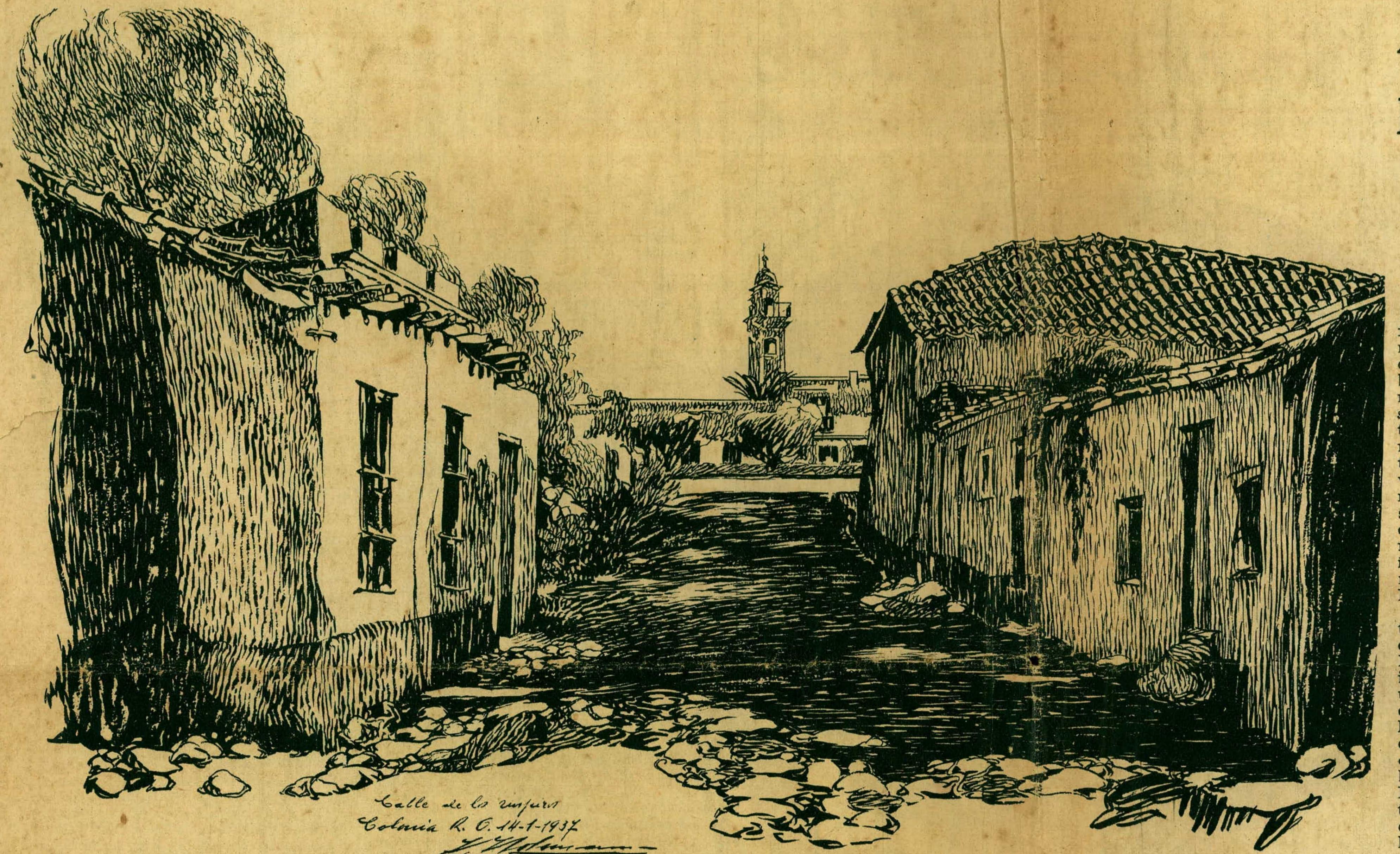
> Acampados Alejo García y sus hombres, así blancos como indígenas, a orillas del río Paraguay, fueron bárbaramente sacrificados por sus aliados y auxiliares los indios guaraníes, que les habían acompañado a la conquista de los metales, con el objeto de robar todos los tesoros que habían recogido en la valerosa empresa, salvándose de esta matanza un hijo natural de Alejo García, a la sazón muy pequeño, y que llevaba el mismo nombre que el padre y de cuyos labios se recogió después el trágico relato de su muerte y de todos sus acompañantes.

Cuando el veneciano Sebastián Caboto, remontando el río Paraguay, llegó a las cercanías del Bermejo, obtuvo en rescate de los naturales que por esas zonas habitaban, algunas de las piezas que habían pertenecido a las huestes de Alejo García.

Según refiere en una carta uno de los componentes de la armada de Caboto, llamado Luis Ramírez, al encontrarse Caboto con Melchor Ramírez en Santa Catalina, éste le entregó algunas piezas de los metales que le había enviado Alejo García y que reservaba en su poder como promesa ofrecida a la Virgen de Guadalupe a entregar a su retorno a España piezas que al ser analizadas demostraron que "las de oro heran muy finas de mas de 20 quilates".

El 2 de febrero de 1537 arribaba el siniestro Ayolas al lugar que bautizó con el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria, escuchando allí de boca de un indio que habitaba entre los payaguas y que había sido esclavo de Alejo García, sugestionantes referencias sobre el éxito que éste había alcanzado en su incursión a las tierras de los indios Charcas, en donde se situaba la fascinante sierra del metal blanco. Esas referencias decidieron a Ayolas a internarse inmediatamente en las enmarañadas selvas chaqueñas en dirección al lugar que le señalaba el mencionado indio. Domingo Martínez de Irala, en carta que suscribiera el 1º de marzo de 1545, refiere que el indio que hemos mencionado, que fuera esclavo de Alejo García, era uno de los que acompañaron a los emisarios que éste había enviado desde las orillas del río Paraguay a los compañeros que se radicaban en las cercanías del puerto de los Patos.

Si trágica fué la muerte de Alejo García después de alcanzar un rico botín, no menos trágica fué la del lugarteniente de don Pedro de Mendoza, que después de conquistar una fabulosa suma de valiosos metales, al igual que aquél, murió bárbaramente asesinado por los naturales, aunque pertenecientes a distintas generaciones, que moraban en las riberas del soñoliento río Paraguay.



Calle de los Suspiros. En el fondo, la antigua plaza de armas y la iglesia parroquial de le Colonia



ASPECTOS EVOCATIVOS DE LA CIUDAD URUGUAYA DE COLONIA

(Texto y dibujos de Juan Hohmann)

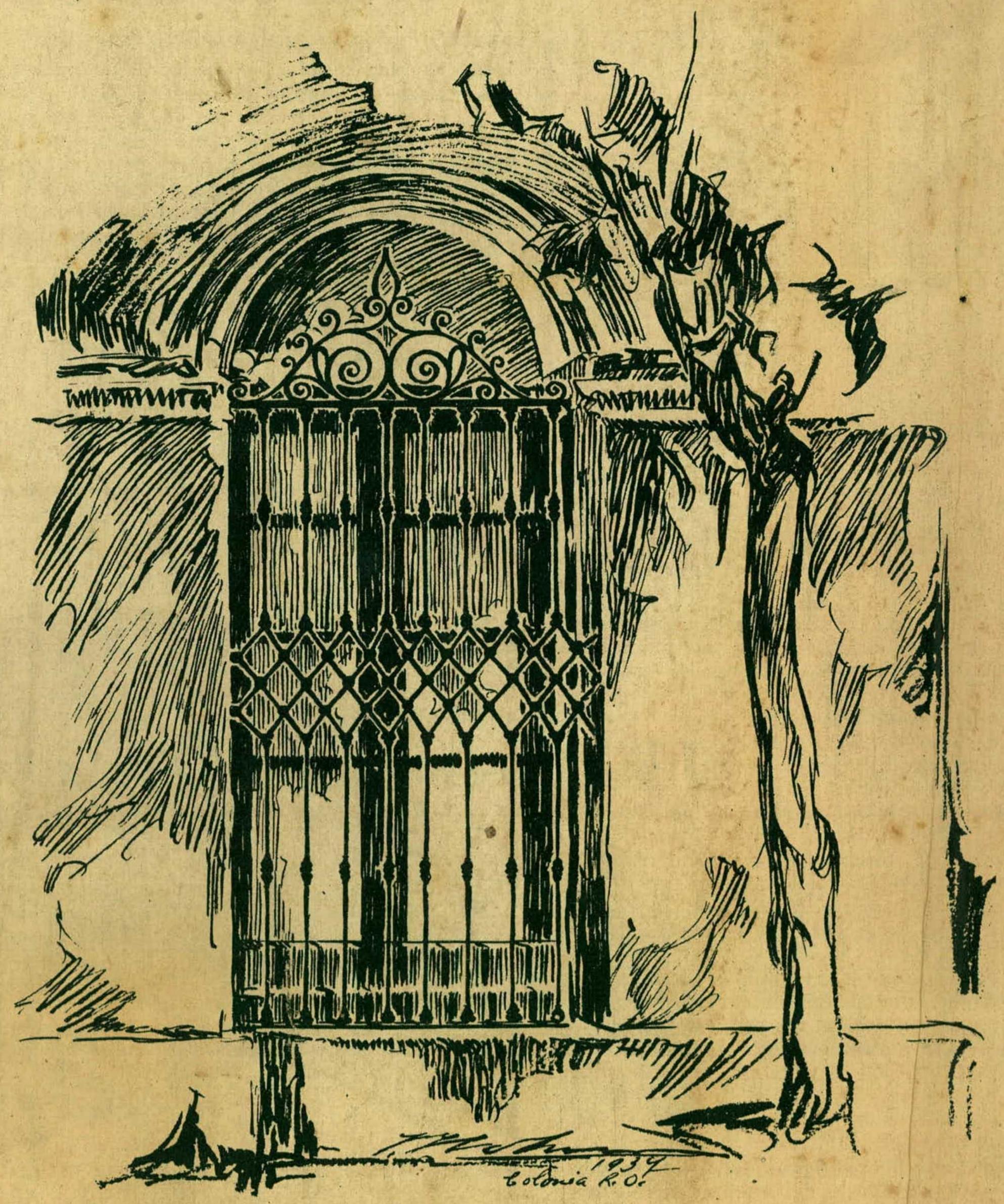
Especial para LA. PRENSA

A antigua Colonia del Sacramento,

fundada por los portugueses en la costa oriental del Plata, conserva en la parte de la ciudadela casi intacto el aspecto de sus primeros tiempos. De la muralla de la ciudadela, sin embargo, no quedan más que trozos aislados, casi totalmente en ruinas, reducidos a unas pocas piedras sin expresión de conjunto. Las casas de los siglos XVIII y XIX, de uno y de dos pisos, caracterizan más la tendencia portuguesa que la posterior de los españoles. En las más antiguas, las auténticamente coloniales, vemos repetidos como en pocas ciudades del Río de la Plata los techos de teja de cuatro aguas, vulgares, en cambio, en el Brasil. Muchas de esas casas también, construídas integramente de piedra, mantienen el carácter de verdaderos monumentos. Además, para los argentinos, la Colonia tiene otro interés: el de conservar las casas donde vivieron Rivadavia, Brown, Mitre y otros próceres.

Guarda la ciudad como una reliquia sus adoquinados de cuña, con la clásica huella de lozas en el centro, lo que da a la parte antigua un carácter típico.

Calle Misiones, de la Colonia



Reja de la época colonial

EL ZORRO Y EL SAPO

APÓLOGO INCAICO

Especial para LA PRENSA

Lima, 1937.

TOJ y Jampatu son dos personajes muy conocidos en la sociedad de las pequeñas bestias, próximas al hombre pero sin sometérsele. Viven en el campo, y cada uno tiene su historia y su leyenda.

Atoj, el zorro, es la encarnación de la astucia, del arte de vivir a costillas de otro y de la inteligencia aguda para la cual no hay problemas irresolubles. Atoj representa la falta de escrúpulos, la liviandad y la ligereza.

Nadie como él mismo reconoce mejor sus cualidades y se precia de lo que los otros llaman sus vicios o defectos. Como ocurre siempre, una inclinación

a exagerar sus habilidades le conduce

a la fanfarronada y al ridículo. Jampatu es todo lo contrario. Su apariencia de tipo tardo, pesado, hace que todos le imaginen de pocos alcances, de escaso talento, de ninguna agudeza. El sapo se aprovecha de su engañoso aspecto y procede taimadamente. Jampatu, de día, es un ser insignificante, risible. Sólo de noche, cuando se escucha en el silencio su voz gutural, las gentes se intimidan. Jampatu es amigo del diablo y aliado del brujo. Ocurrió una vez que, bajo el mismo cielo y cerca de una charca, halláronse frente a frente las dos bestezuelas, que resultaba como si se juntaran los dos polos.

Fueron pocas las palabras con que Jampatu respondía la nutrida salva de preguntas de su locuaz amigo Atoj; pero éste, naturalmente inclinado a la ironía y a la burla en agravio de los seres que él clasificaba inferiores, acabó con la paciencia del cachazudo Jampatu. -Bueno, bueno - le contestó -; si tú te crees tan ágil y me consideras a mí una tortuga, te voy a demostrar lo

--: Cómo? -- le preguntó el zorro. -Pues muy fácilmente: te desafío a correr...

Tan inesperada salida produjo en Atoj una explosión de hilaridad tan ruidosa que las avecillas que por ahí cerca picoteaban alzaron precipitadamente

-No te rías - le previno el sapo -. Te lo propongo en serio, para acabar de una vez con tu petulancia.

—Pero, Jampatu...; estás loco? ¿Tú crees que soy tan abusador que acepte un robo?... Y siguió la porfía, hasta que Atoj hu-

bo de aceptar. Convinieron en las condiciones de la carrera: elegirían como pista el camino. Al día siguiente, muy de madruga-

da, se medirían en velocidad el agilísi-

mo Atoj y el pesado Jampatu.

No bien el sol había teñido de rosa las colinas, cuando ambos contendientes se presentaron en el lugar convenido y comenzó la prueba. Estaba pactado que ninguno volviese el rostro hasta llegar a la meta. Partieron. El zorro, a grandes saltos, y el sapo, apenas apenas, corrían por el camino.

-Huac. -Huac.

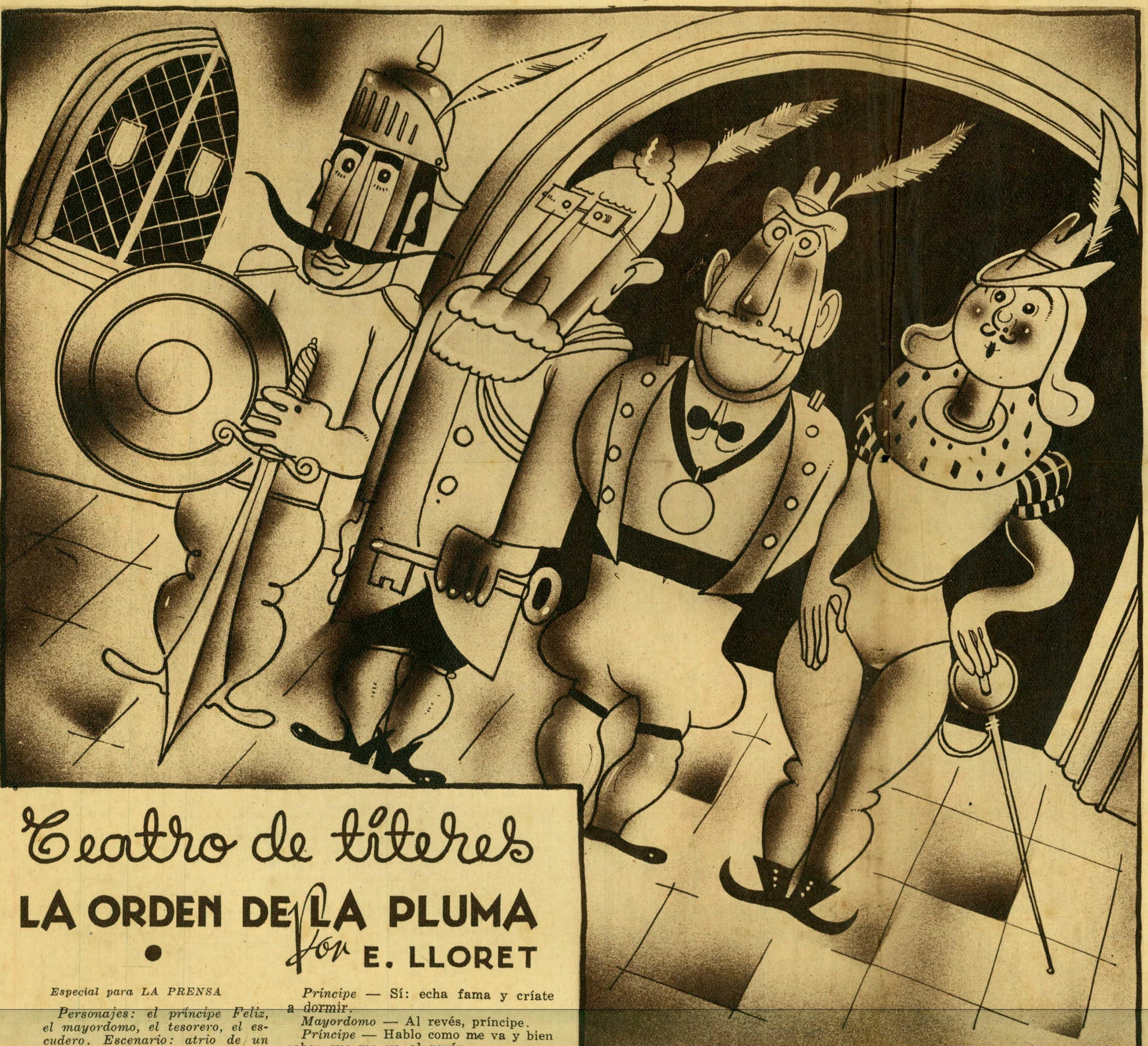
—Huac.

Salían estos gritos a un lado y a otro del zorro, tan cerca que acabaron por aturdirlo y desorientarlo, temeroso de perder, de lo que se aprovechó el socarrón Jampatu para deslizarse en la corriente de agua del canal que corría paralelo al camino y aparecer en la meta mucho antes que su contendor. En la noche, había colocado ocultos a algunos de

sus compañeros con la consigna de lanzar el "huac" al paso de Atoj, para que creyera que su rival se le aproximaba. Así logró vencer a la astucia la sa-

LUIS E. VALCARCEL

Lecturors porror los



vez en que encomiaba la frugalidad en el primera vez, un serio disgusto consigo comer, porque le entrecortaban la voz mismo, cosa desagradable, pero saludalos espasmos de una de las tantas in- ble. De pronto, como en montón, pensó digestiones provocadas por su gula in-

única de las interrupciones inelegantes de su elegante oratoria. Por ejemplo, un Otra vez tendré más cuidado. (Era la día en que iba a decir "a cada cual lo primera vez que pensaba así). ¡Cómo se suyo" y no terminó la frase hasta re- reirán de mí mis súbditos cubriéndose cobrar el aliento: acababa de llegar corriendo, jadeante, perseguido por los acreedores a quienes había burlado.

"Paz y amor entre los hombres de buena voluntad": y discurría con galanura sobre este tema, distrayéndose sólo para restregar en la alfombra las bordadas chinelas. Pero por más que las restregaba no conseguía hacer desaparecer las manchas de sangre con que las habían salpicado el ejercicio de azotar a sus esclavos a que se entregaba cotidianamente Crisoberilo.

entretanto trascurrían los meses y los años y Antoniópolus oía los áureos consejos de su consejero como quien oye llover. Al cabo de cada mes Antoniópolus era peor y al cabo de cada año, doce veces peor.

No hay duda alguna de que los consejos eran buenos; tenían sólo una parte mala: el consejero. Crisoberilo había declarado: "El mejor consejo es el consejero mismo". Lo declaró y se olvidó. De cómo murió Crisoberilo es cosa que

por ahora no nos interesa. Lo importante es que se murió y que el príncipe Antoniópolus se vió obligado, para seguir la tradición, a buscarse otro consejero. No era mozo de discurrir o preocuparse largo rato por asunto alguno. Media

hora después de la muerte de su antiguo consejero, Antoniópolus dijo: -Al primero que pase a las doce en

Con lo cual quería decir que elegiría por nuevo consejero al primer transeúnte que pasara a las doce en punto fren-

te a la ventana a que él se asomara en ese momento. Para una elección tan delicada el procedimiento no era correcto, pero téngase en cuenta que ninguno de los procedi-

mientos de Antoniópolus era correcto.

la torre del palacio se encargaba de observar el sol, gritó:

Al mediodía en punto, el vigía que en

hombre que pasaba por la calle. Cuatro guardias invitaron a entrar al transeúnte, tomándolo de los brazos y y digno.

de las piernas. - Salud! Eres desde este momento mi consejero — le dijo Antoniópolus. El hombre no manifestó sorpresa. No supo qué responder, o, más probablemen-

te, no pudo, porque lo cierto es que el tal hombre, llamado Evergardo, era completamente mudo.

todo lo que sigue: "¡En buena me he puesto! ¡Mire que elegir por consejero Y por supuesto que no fué aquella la a un mudo!... Cierto que yo no sabía... pero no debía proceder tan a la ligera... la boca con la mano y los del reino de enfrente con los brazos en jarras, cuando sepan que escucho los consejos de un mudo!"

Mientras de tal guisa pensaba, observaba a Evergardo. En verdad que no le disgustaban sus nobles facciones, su aire de dignidad, su actitud respetuosa y modesta, su manera de vestir, cuidada, pero sin ostentación. Y como ya había declarado delante de dos o tres funcionarios que ese era su consejero y como, por el prestigio del cargo, un principe que se equivoca debe hacer creer que ha procedido por razones secretas que no alcanzan los simples mortales, pensó "a lo hecho, pecho", y con

voz firme, dijo: -: Este es mi consejero!

No le quedó más remedio que tenerlo a su lado parte del día. Por fortuna, el tal Evergardo se comportaba de una, manera irreprochable. De más está decir que siendo mudo, su discreción era absoluta. Pero conviene agregar que también era discreto en todos sus actos. Sus modales diferían notablemente de los del príncipe Antoniópolus y, sin embargo, cualquiera hubiera dicho que esos modales quedaban bien en el principe más celoso de su decoro. Antoniópolus lo observaba en la mesa, en los paseos, en las recepciones de palacio, en el trato que daba a los inferiores. El silencioso consejero no encomiaba elocuentemente la virtud, pero era evidente que la conocía bien. Antoniópolus observaba todo esto, cada vez con mayor atención y cada vez más pensativo.

A las tres semanas — cuatro, dicen algunos cronistas — el carácter de Antoniópolus comenzó a cambiar. Empezó por soltar a un pájaro que languidecía en una jaula y terminó el día preguntando si alguien en la ciudad se quedaba sin comer por no tener qué. Es decir, que empezaba a ser buena persona. Y esto de un modo tan visible que los malos funcionarios del palacio dieron en pensar, Al instante, Antoniópolus sacó un todos en el mismo día, en la convenienbrazo por la ventana y señaló a un cia de empezar, a su vez, a ser personas decentes. En cuanto a Evergardo, debemos decir que permanecía igual: mudo

Los que notaron el cambio lo atribuyeron al nuevo consejero, pero siguieron con su vieja costumbre de hacerse cruces, exclamando asombrados: "¿Cómo? ¡Si es un consejero sin consejos! ¡Si nunca ha dicho una palabra a su ilustre discípulo!"

Este es el punto que no comprendían Al darse cuenta de este inconvenien- y el que, al parecer, todavía no se han te, el príncipe experimentó, quizás por explicado.



Ilustraciones de Lino Palacio

over contor al nermounito

RA un mediodía silencioso, y Cururú, sapito bien educado, se asomó para ver si iba a llover. Cielo azul por todos lados, y entonces Cururú se puso a cantar para que

Y en eso que cantaba, se soltó una gran semilla de timbó, y ¡bum! pegó en la cabeza de Cururú, sapito bien educado.

Tremendo fué el golpe que resonó como un trueno en la cabeza de Cururú; cayó! tremendo el aturdimiento y tremendo el susto de Cururú, sapito bien educado. Y en vez de cantar: "Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva", se puso a gritar:

-; El mundo se cayó y el mundo se

Después se desmayó. Y después se le pasó el desmayo.

Vió cielo azul por todos lados. Ahora, muy afligido, recorre todo el campo, de una casa de sapo a otra

casa de sapo. A la entrada de cada casa de sapo, Cururú, sapito bien educado, se pone a

-; Disculpe usted: el mundo no se

Después de oirle tres veces, de adentro le responden: -¡Loco, loco, loco, loco!

Pero Cururú, sapito bien educado, sigue su camino a saltos, bajo el sol del cielo azul, anunciando en todas partes que el mundo no se cayó.

soberilo y Evergovido

pavo que ayer comiste no era tan pavo Tesorero - Es lo que hice. Te advierto que, entretanto, los burgueses Tesorero — ¡Tal es la triste verdad! que salían del palacio de los pañeros Príncipe - ¡Me habéis engañado! rodeaban admirados al mayordomo y al escudero. ¡Hola! Aquí están. (Entran Pero a mí no se me engaña. Habéis de saber que esas garzas eran grullas. el mayordomo y el escudero).

sabes que me va al revés.

entre la espada y la pared?

Tesorero - ¡No tanto!

mas de las grullas.

ta. ¿Comprendéis?

len los tres).

tesorero).

honorem?

la calidad del estofado...

Tesorero -- ¡Oh, principe ex feliz!...

Principe — ¡Calla! No alborotes. Tú

Tesorero - Nada, nada. ¡Ni una po-

Mayordomo - Y yo no resisto ad

Principe — ¿Y qué quieres que haga-

Principe - | Calla! (Dándose una

palmada en la frente). ¡Más puede la

pluma que la espada! ¡Venid! (Salen

todos en fila, detrás del príncipe. Al

cabo de un minuto reaparecen. Cada

uno lleva una pluma blanca enhiesta en

la gorra. Al mayordomo): Feliz idea la

tuya de recoger y guardar todas las plu-

Mayordomo — Fué para que nadie

descubriese por una pluma vagabunda

Principe - Ahora, ¡idos a pasear!

Escudero — ¿Cómo? ¿Nos despides ad

Principe - Idos a ganarme la vida.

Yo soy gran maestre, tú gran caballe-

ro, tú caballero mediano y tú oficial a

secas de la orden de la Pluma Enhies-

Principe - No importa. Basta con

que sepais que la pluma de gran caba-

mediano 500 y la de oficial 400, con fa-

cilidades de pago. ¡Idos a pasear! (Sa-

Principe (solo) - Seis por ocho cua-

renta y ocho, cuarenta y ocho por

seis... Si mis cuentas no van mal, an-

tes de una semana seré principe Feliz

de verdad... (Entra precipitadamente el

sueño! A veinte pasos de aquí me topo

con Galeón, el pañero millonario, y me

pregunta qué es esta moda de la pluma

en el coco y yo, ahuecando la voz, le

digo que es el distintivo de gran caba-

llero de la gran orden de la Pluma

Enhiesta y él se lleva la mano a su

gorra desplumada y me dice que por un

título así y una pluma así, de buen gra-

Principe - ¡Llámalo! Y dile que pa-

se mañana por la tesorería, que tú le

darás el título, el diploma, la pluma y

do daría 1.000 escudos...

el recibo con todos mis sellos.

Tesorero - ¡Señor! ¡Me parece un

llero vale 800 escudos, la de caballero

Mayordomo — Felizmente nada.

Tesorero - ¡Ni pe ni pa!

mos? ¿Que pongamos a los burgueses

honorem más de veinticuatro horas.

mismo acabas de decirme que no hay

palacio.

nos ladre!

Principe — ¿Estamos solos?

pone a llorar desesperadamente).

do, mi espléndido señor?

Escudero - Solos. ¡Ni un perro que

Principe - Por fin! (Se sienta en

Escudero — ¿Qué mosca te ha pica-

Principe - Me tomo un momento de

descanso. Bien sabes que soy el princi-

pe Feliz. Y eso de ser feliz todo el

año, sin un domingo libre, por fin abu-

rre. Ahora aprovecho de esta soledad

para ser un rato desgraciado. ¡También

tengo derecho de echar una cana al ai-

te, principe, llorando a troche y moche.

Escudero - Bien pensado, Diviérte-

Tesorero — ¿Se le ha roto algo a

Escudero - ¡Chits! Está descansan-

Tesorero - ¿Sí? Pues en adelante,

con la noticia que le traigo, tendrá mo-

tivo para descansar a lágrima viva por

sarte, principe Feliz, que en los cofres

de tu tesoro no queda ni un centavo;

Príncipe - ¡Oh, siento un vacío no

Tesorero - En los cofres. Pero para

Principe - Cierto. Ninguna impor-

un principe Feliz el asunto no tiene

ninguna importancia... (Entra el ma-

tancia. Por lo pronto, daré un decreto

nombrandoos a todos funcionarios ad

Escudero - Eso viste mucho. ¡Gra-

Tesorero — Pero quiere decir sin

Principe - Sí: sin vil sueldo pero

Escudero - IY tanto que me reco-

Mayordomo - Grande es, joh, prin-

Principe - Habla claro: al pan, pan,

Mayordomo - Al pan, pum, y al vi-

no, agua, joh, principe Feliz!, porque

se nos han acabado el pan y el vino.

Has de saber, joh, principe!, que ese

como parecía. Era la última garza del

Me creíais engarzado y he aquí que os

dejo engrullados. Pero, pasemos a otro

asunto: ¿por qué me diste por pavo una

última? ¿Qué fué de la primera? ¿Ha

que sapos y, francamente, no me atre-

de que la parte que tú prefieres es

cipe!, te has quedado ad honorem.

de ser principe Feliz?

Escudero — Tú también, joh, prín-

Principe - ¿Es decir que he dejado

malo, pues he ido a pedir plata pres-

tada a los ricos burgueses e, invaria-

blemente, me han respondido: "¿Para

qué si él es feliz?" Está visto que cuan-

do uno es feliz no tiene derecho a na-

Mayordomo -- Porque no teníamos ni

mendó mi mamá que despreciara los ho-

cipe Feliz!, el honor de servirte; pero

la cuestión es que no sé qué vamos a

Escudero — ¡Atrás las gracias!

por el honor de servirme.

un mes. (Al principe). Vengo a avi-

re! (Llora desesperadamente).

(Llega el tesorero).

nuestro ilustre señor?

do desconsoladamente.

ini una polilla!

sé donde!

yordomo).

honorem.

servirte...

y al vino, vino.

estanque del palacio.

garza que era grulla?

muerto?

el suelo, suspira repetidas veces y se

Príncipe - ¿Y por qué me diste la una pluma como la mía, para lucirla los tuviese, ninguno era bueno. en las ceremonias. A 500 ducados cada una son...

Mayordomo - No me atrevo a decir Escudero — ¿A 500, nada más? ¡Es que ha muerto, pero lo cierto es que la tirado! Yo vendí cuatro a 600 y plumas comiste. En el estanque no quedan más de oficial, es decir, de la cola.

Principe - Admirable! ¿Qué decis ví a hacerlos pasar por pavos en vista de mi idea?

Tesorero — Que es la única orden tuya de que la gente ha hecho caso. Mayordomo — Tengo guardadas más de trescientas plumas. Si todos pagan... Escudero — Tendremos fondos de so- petuo asombro. bra para mover guerra a los reinos

Tesorero — ¿Y con eso? Principe - ¡Tonto! Y con eso, viviremos de la pluma.

mos los únicos que tenemos el honor de torcía los bigotes. Precisamente con- los más áureos consejos. pertenecer a esta magnifica orden. Tres trastaba lo largo de su cuerpo con lo por lo menos fueron los que me obli- corto de su educación. En cuanto a sus garon a prometerles que les consegui- buenos sentimientos, poco se puede deun pato para hacerlo pasar por pavo. ría el título de caballeros medianos y cir, a no ser que, en el supuesto de que mayor es la gota de rocío — decía Cri-

menos los de la capital que eran los adorno suntuoso que desfigura su noble únicos que, más o menos, se preocupaban aspecto natural. ¿Crees que las ricas de la existencia del príncipe, solían ha- telas y las joyas brillantes te harán mecerse cruces y decirse:

-Es raro, es inexplicable, que el principe siga tan salvajuelo teniendo a su respondía, porque no lo escuchaba. Enlado al gran Crisoberilo, pico de oro. bían dicho durante tantos años que ya gordos dedos de Crisoberilo y en seguir todos habían adquirido facciones de per- con la punta del índice el dibujo chines-

Lo que se comprenderá cuando diga- de su consejero. mos quién era Crisoberilo.

Principe - No! Ensancharemos el Este Crisoberilo era hombre de mucho rilo sobre la virtud del silencio y la parsaber y que decía su saber con palabra quedad en el hablar. Solía hacerlo en no sólo elegante sino también enaltecida setenta y tres pláticas, de las cuales por sensato y virtuoso sentido. Hablaba Antoniópolus no escuchaba más de me-

como un libro de parábolas. Por este su mérito los padres de An-

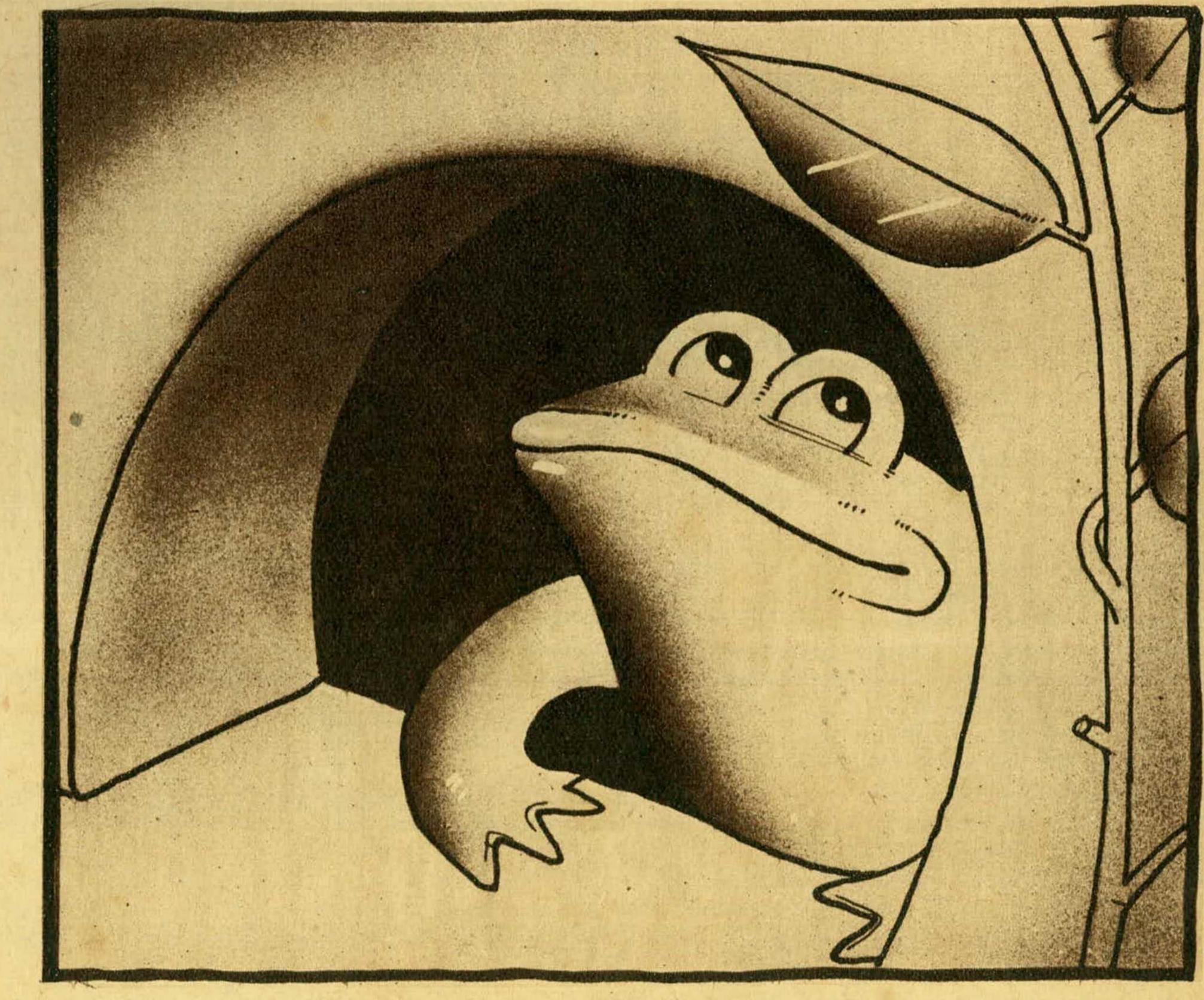
L día en que Antoniópolus, príncipe toniópolus lo eligieron por consejero de de Papalonia, empezó a ser buena su hijo cuando éste daba los primeros persona, ya hacía muchas lunas pasos, y después se lavaron las manos, Mayordomo - ¡Ay, señor! Ya no so- que usaba pantalones largos y se re- dejándole que despachara a su discípulo En esta tarea se desempeñó brillan-

temente, por lo menos de palabra. -Como el lirio del campo cuya gala soberilo -, así ha de ser el hombre, sen-Los habitantes de Papalonia, o por lo cillo en el vestir, evitando siempre el

Pero Antoniópolus nada creía ni nada treteníase en contar los anillos que abul-Estas o parecidas palabras se las ha- taban con coraza de oro y rubíes los

> co que cubría la pesada túnica de seda Ninguno disertaba mejor que Crisobe-

No fué tan locuaz, en cambio, cierta



Tesorero — Todavía no; y eso es lo vecinos. establecimiento. Pondremos un criadero de grullas.